

inviolablemente adictos á la autoridad establecida de hecho, por más opresora y por más ilegítima que sea, sirviendo al que odian y sosteniendo al que quisieran remover, con grandes sacrificios, acaso aún de la conciencia y de la vida. Así lo confesó por lo ménos el gobernador de la mitra de Oaxaca, Ibañez de Corbera, al entrar en la ciudad los españoles, asegurando en una circular que si habia tenido algunas complacencias con Morelos, "el odiado Rocha" y los insurgentes, era porque lo habia dominado por completo el "miedo." Claro es que los elogios de que colmaba entonces á Alvarez y á los españoles, eran igualmente el neto resultado del miedo que lo dominaba.

5.—Ya hemos dicho que en la Costa chica se habia verificado una reaccion en sentido realista, y aunque momentáneamente pudo ser contenida por Cabada, que en Huaxolotitlan tuvo un pequeño triunfo, las tropas españolas se rehicieron prontamente, presentándose de nuevo con fuerzas superiores, de modo que Aleman pudo ocupar el pueblo de Huaxolotitlan, y Cabada, perseguido de cerca por Reguera, tuvo que huir para Amusgos, en donde, despues de librar con él un combate, los realistas se gloriaban de haberlo desbaratado completamente, permaneciendo, sin embargo, los insurgentes fortificados en el cerro de Santa Rosa, adelantando sus tropas avanzadas hasta Amusgos y Zacatepec. Para dispersarlos, Reguera se dirigió á ellos desde Jamiltepec, llevando consigo fuerzas suficientes. El 10 de Abril los encontró en una fuerte posicion frente á Monte Alban; mas no le hicieron resistencia, retirándose al cerro de Santa Rosa, de manera que Reguera pudo pasar libremente por Amusgos y Zacatepec. Reguera no juzgó prudente llegar á Santa Rosa y se volvió por entonces á Jamiltepec, sin otro fruto que haber pasado por las armas á unos correos que llevaban pliegos de los insurgentes á Pinotepa y Huaxolotitlan; pero habiendo reunido mayores fuerzas, el

21 del mismo mes salió con cuatrocientos ochenta hombres en busca de los insurgentes, que acaudillados por Adame, Cabada, Mentado y Morales, se habian fortificado en la cuesta de Amusgos. Reguera sentó al principio su campo en Cacahuatpec, provocando al enemigo á salir de sus trincheras; mas no logrando su intento, se vió obligado á tomar la iniciativa. Despues de varios encuentros preparatorios, el 25 se resolvió á dar un asalto vigoroso. Arrázola llevó el peso del combate por el frente, mientras Ticó flanqueaba al enemigo, y D. Francisco Santa María, con cuarenta caballos, se disponia á cortar la retirada; Reguera quedó con la reserva. Los realistas derrotaron á los insurgentes, haciéndoles ciento ochenta y cinco muertos, entre quienes estaban Morales y Mentado, y tomándoles tres cañones y sesenta fusiles. Arrázola y Santa María siguieron á los vencidos hasta el pueblo de Zacatepec.¹ Galeana, que tambien se presentó por ese tiempo en Cacahuatpec, no dió ninguna funcion de armas; reunió alguna gente, y unido á Montes de Oca, marchó á la Costa grande, en donde tenia buenas simpatías y esperaba reanimar con buen éxito la revolucion.

Juan del Cármen, activo cooperador de Guerrero, y Guerrero mismo, se acercaban tambien muchas veces en sus correrías militares á las fronteras de Oaxaca cercanas á la costa; mas ni permanecian en ellas mucho tiempo, ni manifestaban interes por librar aquella comarca de la dominacion realista, retirándose violentamente á la aproximacion de Reguera ó de Rionda que, con sus tropas, habia sido encargado de pacificar el departamento de Técuán. Así, uno y otro pudo prestar importantes auxilios, no ya á la Costa chica, que permanecia de todo quieta, sino á lo que es hoy el Estado de Guerrero, en que los caudillos de la revolucion fueron sucesivamente sucumbiendo.

¹ Partes de Reguera, en la Gaceta núm. 567. Tom. 5.

Durante el período de la guerra, los habitantes de la Costa chica de Oaxaca tuvieron que sufrir no solo el espectáculo de las batallas y el azar de las derrotas, sino las venganzas de los vencedores y la feroz crueldad de algunos bárbaros soldados, que hacían consistir su valor en la efusión de sangre, sin distinguir si era ésta la de un temible enemigo ó la de una indefensa mujer. Frente al templo de Ometepec había un árbol que sirvió á innumerables víctimas de patíbulo; atados á él mandó fusilar Reguera á cuantos insurgentes caían en sus manos. El "Zapotillo" tenía los instintos de un tigre. D. José Aleman (Chepito Aleman), se hizo inolvidable, pues aún se recuerdan en la costa los atentados de sus tropas. Pinotepa del Rey y Huaxolotitlan habían manifestado tendencias pronunciadas á la Independencia; Tututepec y Jamiltepec defendían con calor los intereses de la antigua España; unos y otros partidarios vivían esparcidos en sus cortijos y rancherías de los bajos de Chicometepac, separados únicamente por un río fácil de vadear: de repente los de un bando acometían en masa las casas de los otros, que sorprendidos se ponían en fuga, dejando abandonados á los ancianos y las mujeres que sin piedad eran despedazadas; los niños de pecho recibían la muerte entre las ollas de atole ó de agua hirviente del hogar, eran arrojados á lo alto y recibidos en su caída con la punta de la espada, que los atravesaba de parte á parte, ó tomados por los pies y arrojados con fuerza contra los muros de la casa ó los peñascos del campo, en que dejaban estrellada la masa cerebral. Tales actos de barbarie se permitían indistintamente unos y otros, sin que tales indescriptibles escenas de horror, repetidas muchas veces entre aquellos desgraciados habitantes, contribuyesen en lo más pequeño á mejorar la causa que cada partido defendía. Los realistas prevalecieron, primero por haber abandonado los insurgentes á Oaxaca, y después, por la actividad, no por el valor de D. Antonio Reguera, que en po-

cas funciones de armas se halló presente, limitándose á dirigir las correrías de sus tenientes: en recompensa recibió del virey el título de comandante *accidental* de la comarca. Aleman se embarcó, deseoso de volver á ver su patria, pero en la travesía pereció, tal vez víctima de algún naufragio, pues la honrada familia que dejó en la costa, ninguna noticia volvió á tener de él.

6.—En las mixtecas, después de la separación de Rayón de Huajuapán, había quedado con la comisión de promover la revolución el coronel Chepito Herrera, que con pocas fuerzas ocupaba á Tlaxiaco, y desde allí ponía en efervescencia á los demás pueblos. Para deshacer este centro de revolución, Alvarez destinó al rumbo de las mixtecas al teniente coronel D. Manuel Obeso, que caminó á su destino llevando algunas compañías del batallón de Saboya y de dragones de San Carlos. Con estas fuerzas, el 24 de Abril entró en Tlaxiaco, previamente desocupado por Herrera, que tomó posiciones en el cerro del Coyote. Obeso lo desalojó también con facilidad de este punto el mismo día, tomándole setenta armas de fuego, un cañón y trece prisioneros, que fueron luego fusilados. Se recomienda en el parte de este hecho de armas al dominico Fr. Bernardo Fernandez, quien, con el machete en la mano, cargó sobre el enemigo al frente de la tropa, presentando semejante acción como un modelo digno de imitarse por los demás individuos de su clase. ¹ Los dispersos en el cerro del Coyote, se reunieron en otro cerro al oriente de Tla-

¹ "Recomiendo á V. S., dice el parte, muy en particular al M. R. P. Fr. Bernardo Fernandez, religioso dominico, quien no tan solamente no nos ha abandonado en toda nuestra marcha, sino que en el día del ataque, con su machete en la mano, avanzaba al enemigo delante de la tropa, y lo hizo sobre el cañón; es digno de publicarlo para que sirva de estímulo á los demás de su clase." (Gaceta núm. 570, tom. 5).

xiaco, de poca altura, pero de difícil y áspera subida. Obeso, aumentadas sus fuerzas con alguna tropa del batallon de Lobera y los patriotas que se habian organizado en Teposcolula, determinó atacarlos tambien en estas posiciones. Tan seguro estaba de su triunfo, que mandó á la caballería tenderse en la llanura para evitar que los insurgentes, en su fuga, de que no dudaba, tomasen el camino de la Magdalena. El ataque se emprendió por la tropa, dividida en cuatro columnas, al redoble del tambor: los insurgentes esperaron con serenidad que las tropas enemigas empezaran á vencer la altura, y luego que las vieron en lugar á propósito, hicieron rodar sobre ellas piedras grandes preparadas al intento, haciendo poco fuego por carecer de armas y de municiones. A poco, los realistas comenzaron á tener sensibles pérdidas: imposible parecia á los españoles no posesionarse de aquella colina en que hallaban tan inesperada resistencia; pero la derrota fué inevitable, y el desórden en que huyeron completo, no pudiendo reunirse otra vez hasta el pueblo de Teposcolula. Tuvieron los realistas allí diez y nueve muertos y doscientos diez heridos. Dicen que por esta derrota dieron los españoles á este cerro el nombre de "Cerro encantado."

La accion se dió el 29 de Abril y fué dirigida por D. Ramon Sesma, que acababa de entrar en la Mixteca, comisionado por Rosains para promover la revolucion: como Herrera habia recibido la misma comision de parte de Rayon, es fácil entender el antagonismo que resultó entre ambos jefes, así como era perceptible la superioridad que el uno, victorioso en el "Cerro encantado," tenia sobre el otro, derrotado en el Coyote. Sesma prendió á Herrera y lo remitió á Rosains: en el camino se encontró éste con Terán, que habiéndose apartado de Rayon se dirigia á la Mixteca, á lo que debió su libertad, pues Terán persuadió á los que le conducian preso, que se exponian á un grave riesgo atravesando en escaso número un país cruzado por

partidas de realistas, que era mejor que se uniesen todas para la defensa de la comun causa, pues así serian más fuertes. Terán y Herrera volvieron, en efecto, á Silacayoapan, en donde juntamente con Sesma se previnieron para el ataque que esperaban, fortificándose en las alturas, fundiendo cañones, haciendo balas de las flautas del órgano de la iglesia y proveyéndose de los demás pertrechos indispensables. Justamente temian ser atacados, pues, en efecto, Alvarez, sabedor del desastre del "Cerro encantado," se proponia tomar venganza competente, poniéndose, para hacerlo, él mismo á la cabeza de una division compuesta de los batallones de Saboya, Lobera, Guanajuato, Dragones de México y San Carlos, y milicias de Teposcolula, robustecida con seis piezas de artillería de menor calibre, una de á ocho y un obús. Con esta division, el 27 de Julio Alvarez se situó en una loma contigua á la iglesia, al oriente de la poblacion, paralela á la que habian fortificado los insurgentes. Comenzaron el ataque los realistas flojamente, batiendo sin éxito los atrincheramientos enemigos y estableciendo sus baterías para formar un sitio que duró algun tiempo y que terminó de un modo desfavorable para Alvarez, por la siguiente causa. Habiendo el comandante ordenado al mayor Travesí que asaltara una batería enemiga, no solo no logró éste su intento sino que hubo de replegarse á su campo, algo estropeado, por lo que Alvarez determinó dar un asalto más formal, avanzando en la noche dos piezas de corto calibre y haciendo marchar á la tropa á la voz de "Avanza." A la hora señalada se rompieron los fuegos y se dió el grito de la consigna; mas los asaltantes no pudieron avanzar un solo paso, por lo que al dia siguiente los insurgentes desde su campamento los burlaban. No solo consiguieron esta ventaja los insurrectos, sino que animado con ella D. Manuel Terán, en la noche de ese mismo dia hizo una salida vigorosa con otros sesenta hombres decididos, apoderándose de dos cañones colocados á

la mitad del cerro y custodiados por el capitán Pérez, con cien hombres de Lobera y Guanajuato. Álvarez no quería creer la noticia que le llevó uno de los dispersos, y para cerciorarse mandó á su ayudante, García, con orden de fusilar al soldado, si no era cierto lo que aseguraba. Pero hubo de convencerse no solo por el informe del ayudante, sino porque al día siguiente los insurgentes hicieron uso de las piezas contra él. Rosains, por esta acción, propuso á Terán para coronel, dándole un escudo de honor con el lema: "Álvarez y Samaniego cedieron á mi valor," todo lo que fué aprobado por Morelos y el congreso de Apatzingan. El resultado final fué que Álvarez levantase el sitio con no poco desaire, marchando primero para Huajuapán y luego para Teposcolula, en donde se fortificó, lo mismo que en Yanhuitlan y Tlaxiaco.

7.—Algun tiempo después se presentó Guerrero en Silacayoapan con igual comisión, recibida de Morelos, que Herrera y Sesma. Temiendo el último que con la presencia de Guerrero se introdujese la división y desorden en sus tropas, determinó alejarlo, y al efecto, mandó que se presentase en Tehuacan á Rosains, dándole, para que lo acompañasen, cincuenta hombres montados pero desarmados, y á quienes Rosains había de proveer de armas. Lo hizo preceder por un D. Francisco Leal que llevaba carta para Rosains; pero en el río de Tacachi alcanzó Guerrero á Leal, y hablando sobre las circunstancias extrañas de la comisión de ambos, se resolvieron á abrir las cartas que conducían uno y otro: en ellas, Sesma recomendaba que Rosains no diese mando alguno á Guerrero, y que para tenerlo á la vista, lo nombrase comandante de su escolta. Con el conocimiento de tales recomendaciones, Guerrero no continuó su viaje, y siguiendo las orillas del Tacachi, fué á acampar en el cerro de Papalotla, sin reconocer á Sesma ni á Rosains.

Este hecho vino á hacer difícil la situación de los insurgentes, porque si bien los realistas no estaban en aptitud de tomar contra ellos la iniciativa, limitándose á sostener algunos puntos fortificados, siendo los principales Teposcolula, en que se acantonaron las tropas de Lobera al mando de D. Manuel Obeso, y Huajuapán, en que Samaniego se defendía con pocos hombres, que no podían salir de la población porque las partidas de enemigos que llegaban hasta los suburbios les habían quitado los caballos, los insurgentes, divididos entre sí, tampoco podían acometer con ventaja á los realistas. Las desavenencias entre Guerrero y Sesma habían llegado á tal extremo, que las fuerzas respectivas de uno y otro se batían al encontrarse. Para reconciliarlos, si fuese posible, y reuniendo las tropas de ambos apoderarse de Huajuapán, Rosains, que se había establecido en Tehuacan, se dirigió á Silacayoapan acompañado del canónigo Velasco, quien burlándose de la buena fé del realista Zarzosa, se había evadido de Jalapa uniéndose otra vez al partido de los insurgentes. Desde Silacayoapan Rosains invitó á Guerrero para atacar á Samaniego en Huajuapán, á cuyo fin la gente del mismo Rosains se había adelantado ya hasta Petlalzingo; pero Guerrero, desconfiando de Rosains, no accedió á esa propuesta. Aquel, entonces, para inspirar confianza á éste, se adelantó con solos seis hombres, y en estado de tener que ser llevado en hombros por hallarse enfermo, hasta el pueblo de Tlamajalcingo, en cuyas inmediaciones Guerrero se había fortificado; mas éste no quiso prestarse á conferencia alguna, no obstante haber subido el canónigo Velasco al cerro que ocupaba; ántes bien, en la noche, el coronel Chepito Herrera, que estaba con Guerrero, bajó á decir á uno de los soldados de Rosains, que si no se retiraban corrían muy grave riesgo. En efecto, se retiró éste con los suyos; mas pronto volvió con la división que mandaba Sesma y algunos dragones que lo habían acompañado desde Tehuacan,

resuelto á castigar á Guerrero. Ya en Tlamajalcingo, no habiendo cedido el coronel suriano á cuatro intimaciones que le hizo Rosains por medio del cura del lugar, cortó el agua, tomó posiciones militares y se apercebíó para el combate, y cuando los fuegos iban ya á romperse, Guerrero le pidió que se acercase, como lo hizo, con solos dos soldados: el mismo Guerrero salió de sus atrincheramientos, y habiéndole reclamado Rosains que se presentaba con la espada desnuda, la arrojó, y reconociéndole por su jefe, admitió en su campo á toda la gente de Rosains.

Continuó, pues, Guerrero en la parte de la Mixteca que se roza inmediatamente con Puebla y con el Sur; Sesma en la Mixteca de Oaxaca y Rosains en Tehuacan. Correa permanecia en el cerro de Santa Rosa, dominando en Putla y pueblos inmediatos, y aun se mantenía el "Cerro encantado" en poder de los insurgentes. En Oaxaca, Alvarez mandaba con la arrogancia de un bajá, produciendo su conducta un descontento general, de que no pocas quejas recibió el virey, no removiéndolo sin embargo por la escasez, segun decia, de personas aptas á quienes poder confiar el mando de la provincia. D. Manuel Obeso en Teposcolula y Yanhuitlan, extorsionaba á los pueblos con pensiones para mantener la tropa, segun decia, y Samaniego comerciaba en la Mixteca en los convoyes, enriqueciéndose á costa de la prolongacion de la guerra. Entre las tropas de uno y otro bando habia frecuentes choques á que principalmente daban ocasion los convoyes que pasaban de Puebla y Oaxaca respectivamente. El éxito de los combates innumerables que se libraron fué ya favorable ó ya adverso á los insurgentes y realistas, sin dar á unos definitivamente la preponderancia sobre los otros, lo que hizo que la guerra se prolongase por mucho tiempo, con perjuicio de los pueblos pacíficos.

8.—El más serio de los encuentros entre ambos partidos, en 1814, tuvo por teatro á Tlapa. Los insurgentes de Silacayoapan, que se habian sabido defender con entereza de Alvarez, determinaron dejar su actitud pasiva y batir las partidas realistas apostadas en los pueblos inmediatos. Reunidas las fuerzas de Sesma, Adame, Victoriano, Mentado y Juan del Cármen al mando de Terán, se dejaron ver el 9 de Setiembre, en número crecido, en el cerro de San Antonio, que domina la plaza de Tlapa, defendida entónces por el capitan D. José Vicente Robles y ciento setenta hombres de Lobera, milicias de Puebla y dragones de Izúcar. Sin pérdida de tiempo, los insurgentes, á las ocho de la mañana del mismo dia, comenzaron el ataque de la plaza con tal intrepidez y brío, que salvando á nado los fosos y llegando al pié de las trincheras, tomaban con las manos los fusiles que hacian fuego desde las troneras y pugnaban por quitarlos á los enemigos: el alférez D. Pedro Pantoja tuvo que hacer un supremo esfuerzo de valor para evitar que el templo fuese escalado y tomado por los asaltantes. Con igual denuedo se combatió en los siguientes dias 10 y 11 de Setiembre, llegando á penetrar en uno de ellos los insurgentes en el recinto fortificado, en que se combatió á la bayoneta. El 11, despues de un nuevo asalto, Terán se retiró hácia Silacayoapan, lo que se debió al socorro de ciento cuarenta hombres mandados por Reina, que á los realistas enviaba Armijo.¹

El 9 del siguiente mes fué tomado el "Cerro encantado" por el sargento mayor de Lobera, D. José Urbano. En él habia levantado el inglés Guillermo Danlit una mediana fortificacion, encerrando entre trincheras un campo de cien varas de largo por cincuenta de ancho y se esperaban próximamente cañones para su mejor defensa. Urbano intentó apoderarse del cerro por sorpresa, caminando de noche

¹ Veanse las Gacetas 634 y 639 del tom. 5.

desde Teposcolula; mas habiéndose extraviado, cambió de pensamiento, mandando que D. Felipe Lili, con parte de sus tropas, cayese sobre Tlaxiaco, mientras él mismo hostilizaba el cerro fortificado. Llegó, en efecto, á la cumbre del cerrito sin gran dificultad, puesto que lo habian abandonado la noche precedente sus defensores, sabedores por un indio de Titzá de que se acercaba un cuerpo considerable de enemigos: mandó destruir los atrincheramientos, y observando desde aquella altura que al caer Lili sobre Tlaxiaco, huian los vecinos en todas direcciones, mandó tocar paso de ataque, á cuya señal las caballerías, dando alcance á los fugitivos, dejaron tendidos en el campo veintisiete cadáveres. Tanta indignacion causó este hecho á los vecinos de Tlaxiaco, que durante la noche, mientras la tropa de Lobera permanecía acuartelada en el cementerio, estuvieron haciéndole fuego en todas direcciones.

Tan espléndida como esta fué la victoria que reportó Urbano dos días despues. Habiendo salido de Tlaxiaco el 10, ocultando su marcha con evoluciones tácticas, llegó á la Magdalena, en que durmió esa noche. El 11 mandó tomar por asalto la casa del capitan insurgente Nicolás Vazquez, que estaba vacía; y él, con el grueso de la tropa, entró en Chalcatongo "donde solo halló al señor cura y las casas sin mueble alguno,"¹ recogiendo como despojos del enemigo seis tercios de cebada y treinta quesos. A pesar de la estrategia del capitan español, los vecinos de Chalcatongo habian conocido cuál era el punto objetivo de su marcha, y se habian puesto en salvo con sus hijos y mujeres.

No mucho despues, el 29 de Enero de 1815, tuvieron otro débil choque el comandante inglés y las tropas de Lobera en la cuesta del Rosario. El fuego duró tres horas,

¹ Parte del comandante de Lobera, en la Gaceta 658. Tom 5.

dispersándose al fin los insurgentes con pérdida de un cañon y un prisionero que fué pasado por las armas.¹

Guerrero, á principios del año de 1815, animado con algunas ventajas que habia tenido de las partidas realistas, no solo comisionó á Juan del Cármen, negro costeño de valor extraordinario, para que pusiese de nuevo en convulsion á la Costa chica, sino que él mismo, en combinacion con Sesma, se propuso dar un golpe al pueblo de Acatlan, en que se mantenian con escasa fuerza los Flon, capitanes valerosos del partido español. Juan del Cármen obtuvo algun éxito en la Costa chica, recogiendo armas y atrayéndose varios de los jefes adictos al gobierno, tales como Panuncio Bruno, Zurita, y el mismo Agustin Arrázola (Zapotillo), que tan decidido se habia mostrado por la causa real peleando con Reguera. Guerrero, por su parte, no tuvo la misma fortuna en su intento de apoderarse de Acatlan. Silacayoapan era un centro de actividad en donde se reunian los insurgentes en ocasiones de importancia. De allí partieron Sesma y Guerrero cayendo sobre Acatlan tan de repente, que apenas tuvieron los Flon tiempo de ponerse sobre las armas. En la primera acometida, los insurgentes tomaron los caballos de los realistas, penetraron en el cementerio, prendieron fuego á las puertas del templo, entraron por éste, y con ardor increíble se arrojaban por una escalera de caracol para subir al coro á que estaban reducidos los sitiados. No tuvieron desde luego victoria cumplida, porque el comandante de la plaza, D. Antonio Flon,

¹ En verdad, desde Teposcolula se llevaron á cabo numerosas expediciones, saliendo partidas de cincuenta y cien hombres para aprehender un solo insurgente y á veces para combatir ejércitos imaginarios. Los partes pomposos de esos hechos de armas, que se leen en las Gacetas, causarían hilaridad, si aquellas correrías no hubieran terminado regularmente con el fusilamiento de algunos infelices. (Veanse las Gacetas números 714, tomo 6; 849, tomo 7; 850, tomo 7).